

A los 16 años, Manuel se enamoró de su empleada doméstica y el romance secreto marcó su vida para siempre

05/10/2025



Rosa le daba lo que ninguna fortuna podría comprar: escucha sincera. Manuel, que **había nacido en cuna de oro**, rodeado de lujos exorbitantes, entendió que el poder medicinal de una conversación no tiene precio. Somos de quien toca nuestra alma.

El encuentro entre Manuel y Rosa, la empleada que trabajaba en su

casa

Corría el verano de 1998. El calor del conurbano norte hacía vibrar el asfalto de la Panamericana y los jacarandás en las calles de Pilar ya habían perdido sus flores. En un barrio cerrado de las afueras de Buenos Aires, donde los lotes se extendían como alfombras verdes detrás de rejas imponentes y las casas parecían sacadas de una revista, las familias de la alta sociedad se movían entre recepciones, clubes de campo y viajes al exterior. En una de esas residencias, inmensa, de techos altos y ventanales que daban a un Jardín impecable, **vivía Manuel, un adolescente de 16 años, hijo del dueño de una empresa textil.** Alumno del colegio Cardenal Newman, con futuro de empresario heredero, sus días se dividían entre partidos de tenis en el club house, tardes de pileta y salidas con amigos a alguna confitería “concheta” de San Isidro.

Ese verano llegó a la casa Rosa, una joven de 20 años que había conseguido trabajo como empleada doméstica gracias a una recomendación de una vecina. Venía de San Miguel, barrio Obligado, donde compartía una casilla con su madre viuda y sus dos hermanos menores. Había terminado la secundaria nocturna pero dejó de lado la universidad porque necesitaba trabajar; **llevaba la responsabilidad de ayudar a su mamá y criar a sus hermanitos.** Su tarea en la mansión consistía en limpiar, cocinar cuando la cocinera no estaba y ayudar con los niños más chicos de la familia.

El primer cruce fue en la cocina. Manuel bajó de madrugada, “muerto de hambre buscando un sándwich de milanesa que había quedado de la cena”, y la encontró a Rosa guardando la vajilla del día anterior. “No tenía el uniforme, sino un short de jean gastado que le quedaba pintado”, apunta él aerotransportándose a su casa de la infancia. Rosa lo miró sorprendida, él se sonrojó. “Perdón, no sabía que había alguien”, murmuró Manuel. Y ello sonrió por la torpeza del adolescente de ojos claros:

“No pasa nada, ¿quierés que te caliente algo?” A Manuel lo **desarmó ese tono natural**, tan distinto al de las chicas de su colegio, siempre pendientes de la marca de la ropa o del viaje de esquí. Desde entonces, empezaron a cruzarse en los pasillos, en el jardín, en los pequeños gestos de la rutina diaria.



El primer cruce fue en la cocina, cuando Manuel bajó de madrugada muerto de hambre y la encontró a Rosa guardando la vajilla del día anterior. (Foto: Imagen enerada con IA)

La amistad secreta

Los días pasaron y los encuentros fueron más frecuentes. Al principio, eran charlas rápidas en la cocina: él bajaba con cualquier excusa, ella lo recibía con un mate listo o una empanada que sobraba. Manuel **no entendía lo que le pasaba**. Acostumbrado a las chicas de su colegio privado, de su mismo círculo, descubrió en Rosa una frescura distinta. Manuel le contaba sobre su colegio, de los partidos de rugby en Newman, de las vacaciones en Punta del Este. Y ella le hablaba de su vida sin lujos, de los colectivos 176 y 203 atestados, de las largas colas en el hospital de San Miguel, de los bailes de

barrio donde sonaban Los Charros o Gilda y de la música que sonaba en las radios populares.

Lo fascinaba su forma de reírse de todo, incluso de las dificultades. Y **Rosa encontraba en Manuel una ternura inesperada**. Él le prestaba discos, le mostraba libros y le escribía frases que escondía debajo del mantel del comedor **para que ella los encontrara después**.



Manuel aún guarda una servilleta doblada en su escritorio, con un dibujo de una margarita hecho a mano. Es el único recuerdo tangible de aquel amor que aún sigue en él. (Foto: Imagen generada con IA)

Así nació un código entre ellos. Manuel dejaba papelitos en su escritorio con piropos como “No dejo de pensar en tu risa”, y Rosa **respondía con dibujos de flores en servilletas dobladas que escondía en la alacena**.

Manuel, Rosa y el amor prohibido

La diferencia de clases era un muro que ambos sabían imposible de derribar. Rosa necesitaba el trabajo y Manuel era consciente de que su familia jamás aprobaría la relación. Pero **el deseo fue más fuerte.**

Una noche de marzo, durante una tormenta que sacudía las ventanas del country, la electricidad se cortó. Manuel salió al pasillo con una linterna y la encontró a ella encendiendo velas en el living. Se quedaron solos, escuchando el diluvio. El murmullo de la lluvia se tornó música, “la más romántica que jamás se haya oído”. Fue él quien se animó: “Rosa, me gustás”. Ella lo miró desconcertada, **como quien sabe que está a punto de cometer un error irreparable.** Pero en sus ojos había ternura. No dijo nada, simplemente **lo besó.**

“Fue mi primer beso”, devela Manuel con la nostalgia de quien menciona lo único e inolvidable. En cambio, Rosa tenía más experiencia y fue quien lo fue llevando. “Me enseñó todo lo que sé sobre el amor”, repara con seguridad.

Desde entonces, comenzaron a buscar rincones ocultos de la casa. La terraza, la casita de huéspedes al fondo del jardín, el pequeño cuarto de lavado, la despensa, tiñeron cada ambiente de la mansión con su pasión juvenil. Cada encuentro era una mezcla de miedo y euforia; **el pánico a ser descubiertos era tan tentador como la intensidad de lo que sentían.**



La última vez que se Manuel y Rosa se vieron fue en la puerta de servicio, en 1999. (Foto: Imagen enerada con IA)

Un día, en el club, Manuel se animó a confesarle a su mejor amigo: “Estoy enamorado de Rosa”. El otro se rió incrédulo: “¿De la mucama? ¡Estás loco, Manu! Eso no va a terminar bien”.

Ese comentario bastó para que Manuel entendiera que lo suyo debía quedar en secreto absoluto, como escribió en su diario: “La amo, aunque sé que si alguien se entera nos destruyen a los dos”. **La vergüenza social pesaba tanto como el amor.**

El día que el romance clandestino quedó al descubierto

El romance clandestino se extendió durante meses. Manuel vivía por y para esos momentos con ella. Rosa, aunque consciente de la fragilidad de la relación, también se entregaba incondicional. La desigualdad social era evidente en cada detalle. Cuando Rosa salía del barrio cerrado para tomar el colectivo en la colectora de Panamericana, los guardias la

saludaban con indiferencia, mientras Manuel la miraba desde la ventana de su cuarto, con el corazón apretado. **El hechizo se apagaba.**

Entre 1998 y 1999, las madrugadas se volvieron su refugio. Manuel le prometía que algún día iban a viajar juntos, que cuando él cumpliera la mayoría de edad iba a enfrentar a su familia. “Y lo decía de verdad”, implora Manuel hoy, sentado en su oficina de Puerto Madero, como quien **haría lo que fuera para volver el tiempo atrás.**



Entre 1998 y 1999, las madrugadas eran su refugio. Manuel prometía viajar juntos y enfrentar a su familia. “Lo decía en serio”, recuerda hoy desde su oficina en Puerto Madero. (Foto: Imagen generada con IA)

Pero todo cambió una tarde de otoño. Su madre, Clara, revisando el escritorio, encontró una carta que hablaba de “tu piel con olor a jabón en la cocina” y de “tu risa cuando sale el sol en la terraza”. No decía nombres, pero **mencionaba a un amor imposible.**

Las referencias fueron suficientes y el escándalo inmediato. Manuel fue interrogado; negó, lloró, suplicó. No sirvió. Rosa fue despedida esa misma noche, con un sobre cerrado y una

advertencia: “No vuelvas a acercarte a esta casa”. Manuel intentó frenarlo, imploró, pero **no pudo hacer nada**.

Leé también: [Los fantasmas del “nosotros”: amar de nuevo cuando el pasado aún ocupa lugar](#)

La última vez que se vieron fue en la puerta de servicio, ese día de abril de 1999. Ella con una valija vieja, él desesperado. “Te voy a buscar, te lo prometo”, le dijo desgarrado. “No, Manuel. **Vos seguí tu vida. Yo ya sé cuál es mi lugar**”, respondió ella, **con lágrimas contenidas y una mirada llena de dolor**.

“Me quedé paralizado. Nunca me voy a perdonar no haber corrido tras ella”, promete secándose las lágrimas con la vista perdida en la ventana que da al Río de la Plata. Y así, la vio partir.

El después del amor: Manuel nunca pudo olvidar a Rosa

Los años pasaron. Manuel estudió economía en la Universidad Torcuato Di Tella, viajó a Londres, se casó con una mujer de apellido reconocido, tuvo dos hijos. Aparentemente, había cumplido con su destino marcado.



El romance fue clandestino y se extendió durante meses. (Foto: Imagen generada con IA)

Pero **nunca pudo olvidar a Rosa**. A veces, cuando pasa por San Miguel por cuestiones de trabajo, mira por las calles intentando reconocerla. En 2009, ya con Facebook en auge, buscó su nombre. La encontró: estaba casada, con una hija pequeña. No se animó a escribirle. En las reuniones familiares, cada vez que suena “No me arrepiento de este amor”, la recuerda con un nudo en la garganta. **Era el mismo tema que Rosa cantaba mientras limpiaba la cocina en 1998.**

“Ella fue mi primer amor real, el único que me hizo sentir que el mundo se podía detener en una cocina de madrugada”, confiesa hoy, con 42 años, al recordar aquel romance secreto que marcó su vida para siempre. “Todo lo demás en mi vida estuvo atravesado por la conveniencia, por lo que se esperaba de mí. **Con Rosa, en cambio, sentí libertad, verdad.** Aunque haya durado poco, **me marcó para siempre**”.

En su escritorio todavía guarda una servilleta doblada, con un dibujo de una margarita hecho a mano. **Es el único recuerdo**

tangible de aquel amor que aún sigue en él.

Porque en cada decisión, **algo vive y algo muere.**

** Amores Verdaderos es una serie de historias reales, contadas por sus protagonistas. En algunas de ellas, los nombres serán cambiados para proteger su identidad y las fotos, ilustrativas.*

Fuente: TN